

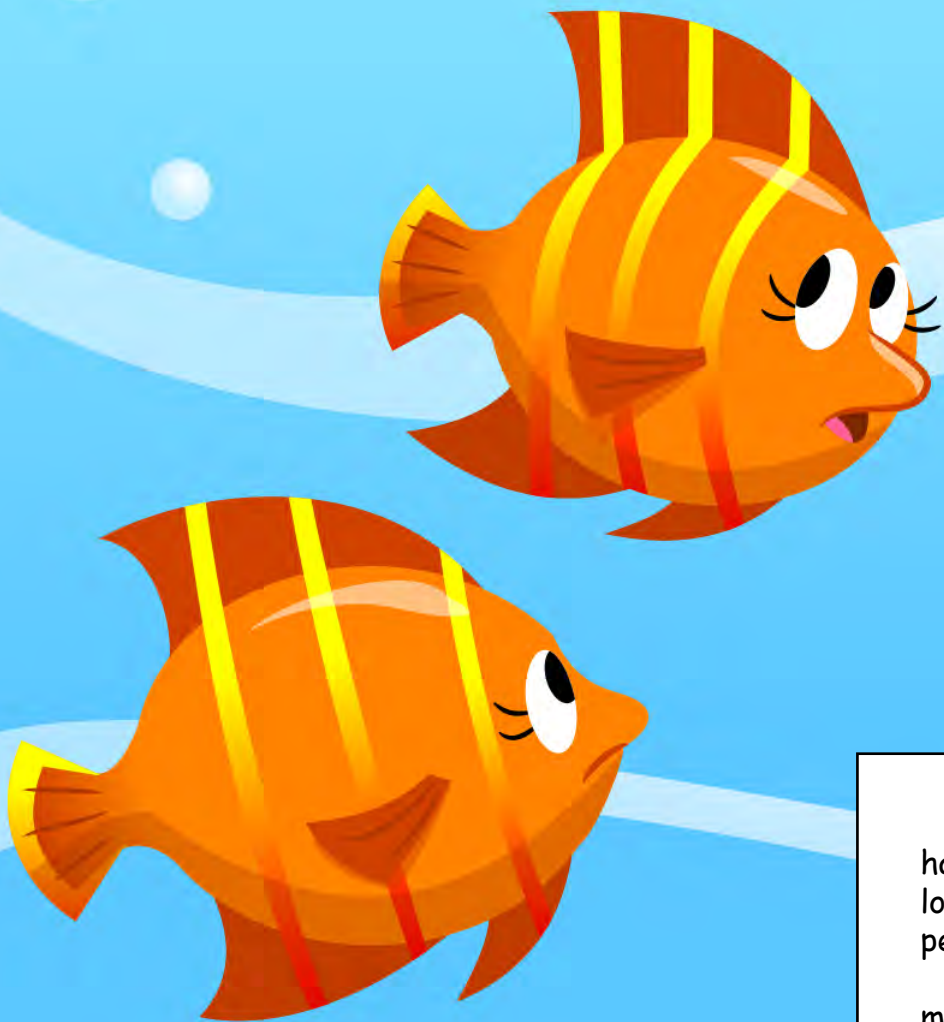
La valiosa lección de Yeny



Junto a un enorme y colorido arrecife de coral vivía una feliz familia de peces de colores. Estaba compuesta por el papá, la mamá, Yeny y su hermano Ben.

Cada día andaban muy atareados buscando comida y estando alerta ante peces grandes o criaturas peligrosas del mar. Aún así, Yeny y Ben siempre disponían de mucho tiempo para jugar y nadar con sus amigos.

Un día, Yeny estaba jugando al escondite con dos de sus amiguitos. Pertenecían a la familia Pinto. Los tres nadaban entrando y saliendo del arrecife de coral, escondiéndose detrás de los altos tallos de algas e intentado sorprender a los demás.



Centrados en toda aquella diversión, no se dieron cuenta de que se habían alejado del centro del arrecife de coral donde debían permanecer los peces jóvenes a menos que nadaran en compañía de sus padres. Para los peces jóvenes era muy peligroso nadar por su cuenta en mar abierto.

Una de las hermanas Pinto se dio cuenta de que se habían alejado mucho mientras jugaban.

—Parece que nos hemos ido muy lejos. ¡Será mejor que regresemos!

Yeny era la mayor de las tres. Lo pensó por unos instantes y luego dijo:

—Estaremos a salvo siempre y cuando nos escondamos en esta alga alta. Aquí no nos verá ningún pez grande. Además, ¡lo estamos pasando muy bien!

Sus dos amiguitas no estaban muy convencidas de eso, pero como Yeny era la mayor, decidieron hacerle caso y siguieron jugando.

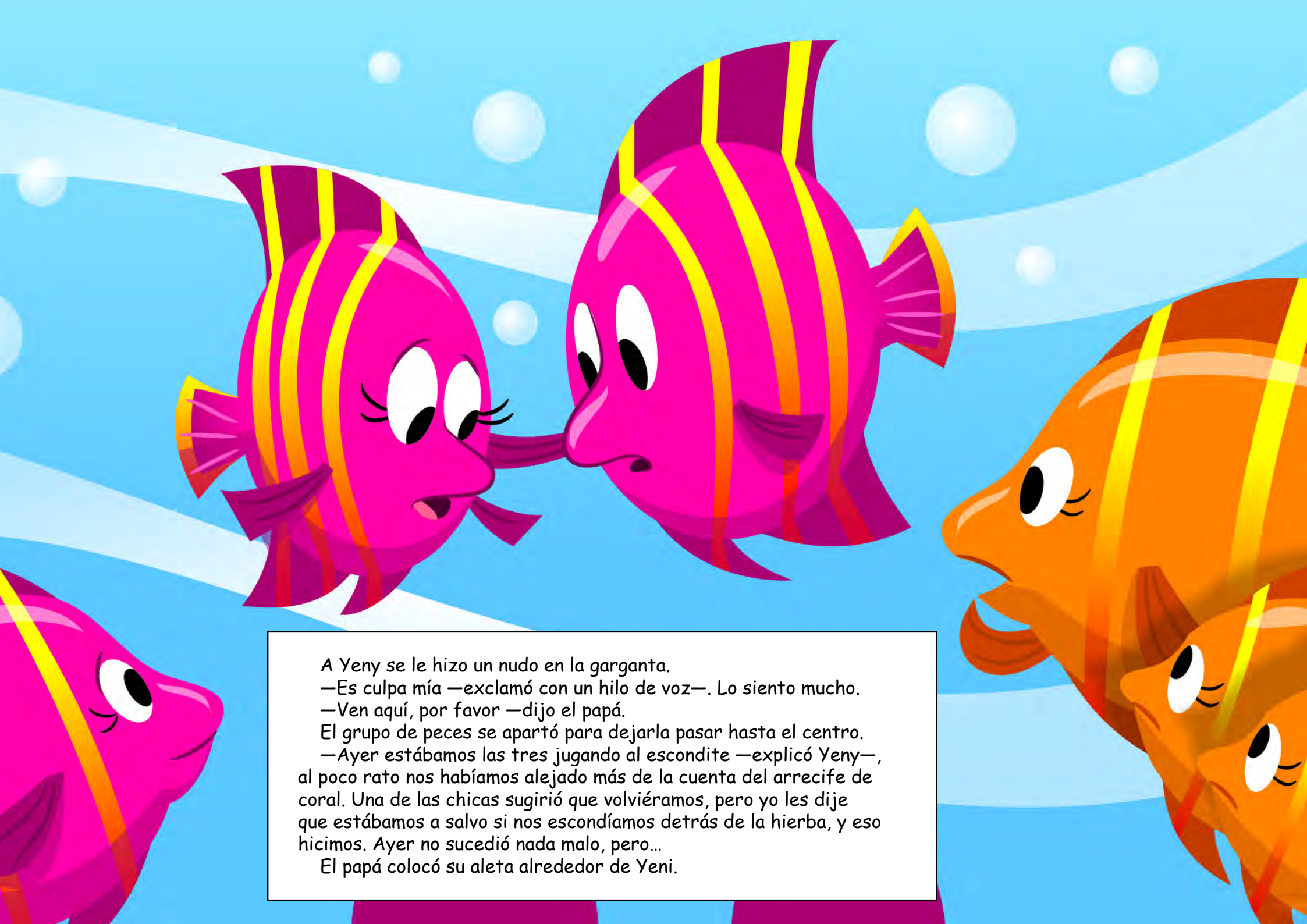
Al poco rato comenzaron a sentir hambre, así que regresaron a casa. Yeny se preguntaba si su papá o su mamá se darían cuenta de que había ido más lejos de lo que ellos le permitían, pero cuando llegó a casa, ellos no le preguntaron nada.

Al día siguiente, cuando nadó en mar abierto, vio un enorme cardumen de peces apiñados a un extremo del arrecife de coral.



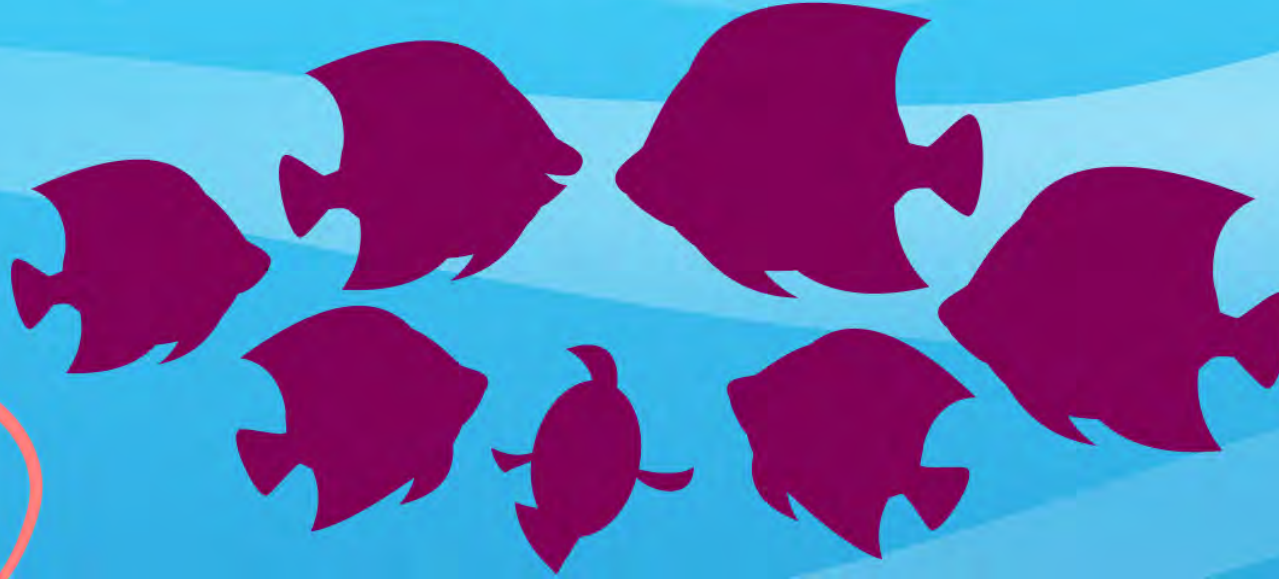


—¿Qué habrá pasado? —se preguntó.
Mientras se acercaba al grupo, escuchó a su papá conversando con otro pez.
—Las chicas Pinto casi se topan con un pez enorme. Menos mal que yo estaba atento y vi que venía hacia ellas, y pude llamarlas para que regresaran al entorno seguro del arrecife. Pero fue por los pelos.
—Pero ¿cómo ocurrió? —preguntó la mamá Pinto, nadando junto a sus dos hijas.
—A mí también me gustaría saberlo —dijo el papá mientras observaba al grupo de peces de colores que se había reunido a su alrededor.



A Yeny se le hizo un nudo en la garganta.
—Es culpa mía —exclamó con un hilo de voz—. Lo siento mucho.
—Ven aquí, por favor —dijo el papá.
El grupo de peces se apartó para dejarla pasar hasta el centro.
—Ayer estábamos las tres jugando al escondite —explicó Yeny—,
al poco rato nos habíamos alejado más de la cuenta del arrecife de coral. Una de las chicas sugirió que volviéramos, pero yo les dije que estábamos a salvo si nos escondíamos detrás de la hierba, y eso hicimos. Ayer no sucedió nada malo, pero...
El papá colocó su aleta alrededor de Yeny.

—Pero tú eras la mayor y ellas dependían de lo que tú opinaras, así que hicieron lo que tú pensabas que era mejor, ¿verdad?
—Sí... yo debí... —dijo tartamudeando.
—Y hoy ellas trataron de hacer lo mismo por su cuenta y casi les ocurre algo malo.
El papá miró a todos los jóvenes peces ángel que se hallaban al frente del círculo.
—Es una lección muy importante para todos ustedes. Tienen que ser buenos ejemplos para los demás, porque es posible que lo que ustedes hagan lo copie otro pez más pequeño. Si ustedes hacen algo bueno y son obedientes, otros los copiarán y también harán algo bueno y serán obedientes. Pero si son desobedientes y hacen lo que no deben, bueno, ellos podrían hacer lo mismo.



—Siento mucho haber desobedecido al salir del arrecife de coral —dijo Yeny—. Nunca volveré a hacerlo de nuevo, y nadie debería hacerlo tampoco.
Se volvió hacia el papá y añadió:
—Y de ahora en adelante seré un mejor ejemplo y recordaré que otros pueden copiar lo que hago.
El papá le dio una palmadita en la espalda y le guiñó un ojo.
—Yeny, eso está muy bien. Hazlo así.